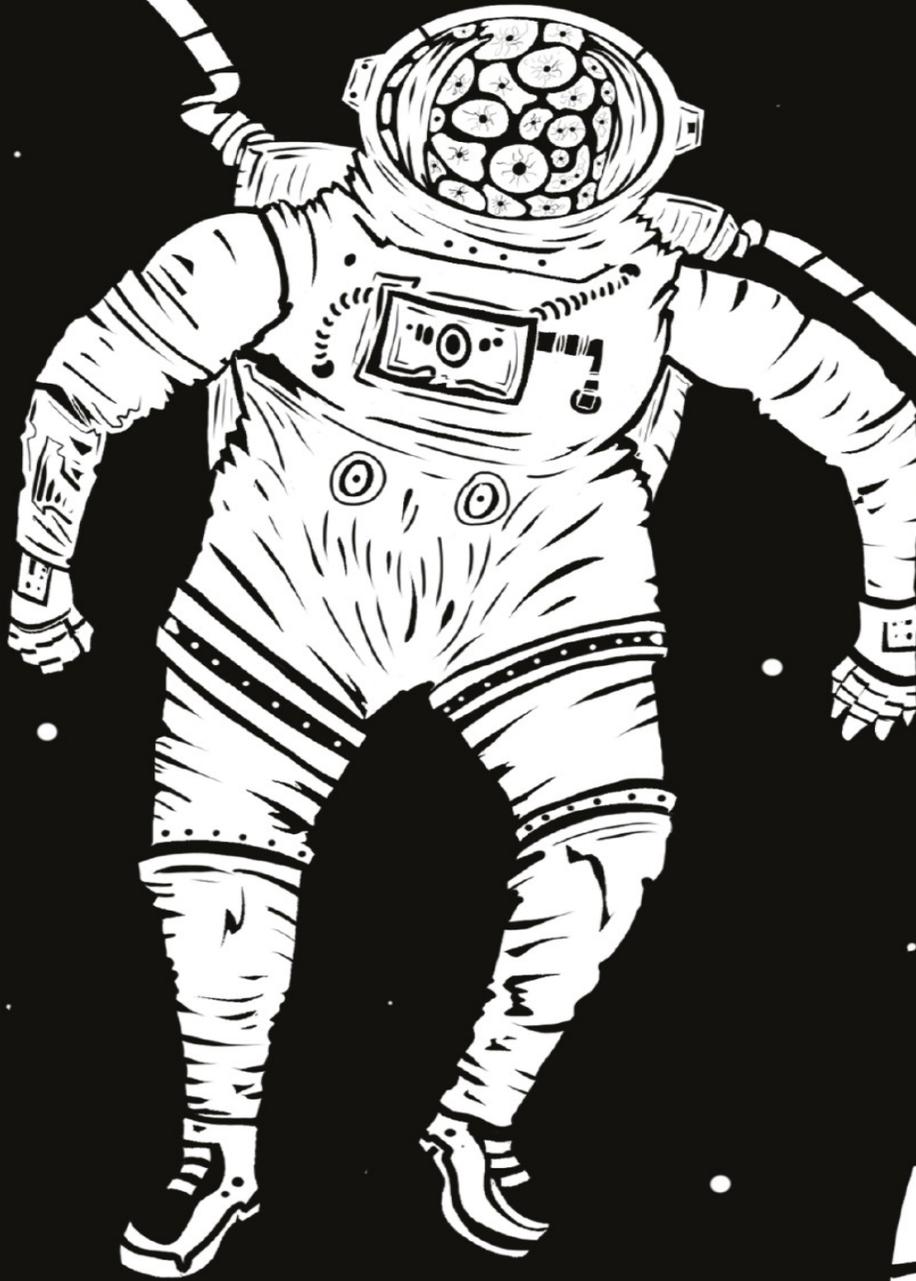


# AFUERA

Sergio Vicencio

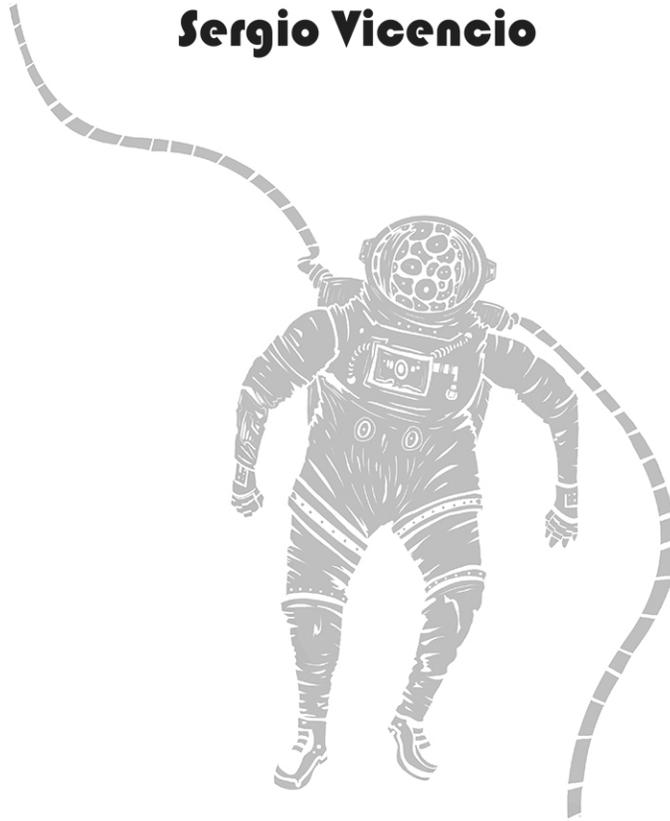


**typo**  
taller

PARAÍSO  
PERDIDO

# AFUERA

Sergio Vicencio



**typo**  
*taller*

PARAÍSO  
PERDIDO

## AFUERA

—... solo digo que recuerdes que hace 15 millones de años no había carbono por ninguna parte. El universo era una idea, la materia, un caldo hirviente de partículas, protones, neutrones; todo estaba presente, pero nada en concreto. Después, como un pastel inflado por el germen de la levadura universal, el caldo primordial se expandió y se enfrió sobre el alfeizar de las galaxias a un billón de grados centígrados. Si allí se hubiera detenido el proceso, el universo entero habría sido una nube de hidrógeno puro, el elemento más simple de todos, pero con el tiempo se dieron las condiciones perfectas para que el asunto continuara su camino. Las partículas siguieron chocando y formaron helio...

—Lo que más bien prueba mi punto. Es poco probable que haya seres de carbono cerca de este sistema, ya no digamos orbitándolo para ver lo que otra especie hace en su rincón del universo.

—Déjame continuar, por favor. El sol, o al menos este sol templado, se comenzó a formar unos dos billones de años después de la gran expansión. Otras estrellas más poderosas e incandescentes lo habrán antecedido. Entonces, cuando alcanzó una temperatura adecuada, el hidrógeno y el helio empezaron a quemarse y a fundirse en elementos más pesados, como el hierro, el oxígeno y, por supuesto, el carbono, esto unos doscientos millones de años más tarde.

—Eso deja en claro que la Tierra es una singularidad, no el común denominador del universo. Tú lo dijiste: únicamente bajo cierta temperatura, a una distancia específica, el hidrógeno y el helio hubieran podido causar los choques que formaron los elementos.

—Compláceme. Déjame seguir. Me entretiene que conversemos un rato antes de irnos. Además, las palabras me parecen fascinantes, aun si son demasiado pequeñas como para explicar un universo tan grande como el que tenemos enfrente. Basta dar una mirada por la *cupola* para que se te borren del paladar. Tanta negrura y frío son una lección de humildad, ¿no

lo crees? Lo mejor que podemos hacer es establecer reglas que llamamos de manera egoísta “universales” en un intento por abarcar constantes en la galaxia, pero me atrevo a decir que no todo lo que pensamos absoluto, lo es. En fin, para mantener la vida de carbono que eventualmente se formó en la Tierra, las condiciones ideales requeridas dejaron un corto margen de error. Cinco, seis grados de más en el ecosistema y casi todos los animales macroscópicos que ahora existen comenzarían a perecer. Digo “casi todos” porque esterilizar un planeta entero es más difícil de lo que parece. Es como esos anuncios de la televisión donde dicen que solo puedes matar el 99% de los gérmenes que están en tus manos cuando te las lavas. Ese otro 1% también es vida; una que no puedes eliminar fácilmente.

—No pensé que vieras televisión.

—Es una forma de pasar el tiempo. Finalmente, de eso se trata ser, de pasarlo lo mejor posible, ¿no es así?

—Bueno, sí, pero también se puede hacer algo productivo con el tiempo.

—Una buena charla nunca es un desperdicio, créeme. Aclara mucho de cómo piensa el otro y más de cómo lo hace uno mismo. A donde quería llegar con lo de los gérmenes y las bacterias es a que no puedes esterilizar por completo un planeta con solo elevar la temperatura 6 grados; la vida es más resiliente que eso. Con el tiempo habrá plantas que se adapten y mucha de la vida microscópica no tendrá problema para proliferar en las nuevas condiciones. Sí, es cierto que ya no habrá humanos para presenciar estos cambios, sin embargo, la vida no se acaba ni empieza con los mamíferos, signifique lo que eso signifique para el ego de los grandes primates. Mira a los tardígrados; ¡bastardos resistentes si alguna vez uno! Ponlos en una gota de agua, congélala a -272 grados y creerás que los mataste a todos. Descongélala una década después y seguirán nadando como si nada hubiera pasado. Calienta la misma gota a 150 grados; la evaporarás, pero allí, contentos en el vapor hirviente, se irán flotando millones de seres vivos nada diferentes a pequeños tanques de guerra. Los desgraciados incluso pueden vivir por días en el vacío del espacio que a ti y a mí nos mataría en minutos.

—Días sí, pero no meses ni décadas. El vacío del espacio es uno de los ambientes más crueles que conocemos: temperaturas extremas sin oxígeno, repleto de objetos que se mueven a gran velocidad y que podrían

atravesarnos como ascua a un trozo de mantequilla. Sobrevivir un cambio de seis grados de temperatura en un planeta con atmósfera y hacerlo en la negrura del espacio son dos cosas muy distintas. Nada de lo que has dicho prueba que haya vida extraterrestre rodeando al planeta.

—¿Qué te parece si nos metemos en el tema como lo haríamos en una bañera caliente? Primero un pie, luego la cadera... No quiero decir algo contundente y sonar como un loco.

—Todas son especulaciones.

—Hay personas que quizá hayan tenido los ojos y los oídos más abiertos que tú, Mijaíl. Personas que también visitaron la negrura del espacio y que salieron de allí con relatos aterradores que contar. Por ejemplo, pocos saben que, apenas hace unos veinte años, Yang Liwei se convirtió en el primer chino en el espacio al viajar dentro de la nave Shenzhou 5, pero lo que aún más gente ignora es que Liwei también fue la primera persona en afirmar que, mientras estaba completamente solo en una lata gigante de café llena de oxígeno, dando vueltas en torno a la Tierra, escuchó claramente que alguien tocaba en la puerta de su estación espacial como si quisiera entrar en ella. ¡Imagínalo! Si te pasara con la puerta del clóset mientras estás en casa te morirías de un infarto. Ahora piensa en lo que sintió un astronauta al escuchar “TOC, TOC, TOC” en la esclusa de su nave. Debe haber sido pavoroso.

—Conozco la historia. Liwei no abrió la esclusa, intentó ver desde una de las ventanillas de su estación qué era lo provocaba el ruido y no encontró nada. Los medios de comunicación explicaron que quizá fueron pedazos de basura espacial, o la contracción térmica de los metales de la nave lo que causó el sonido. Eso me parece mucho más probable que pensar que un ser extraterrestre quiso ser cordial y tocó, como vampiro decimonónico, antes de abordar la nave.

—¿Sabes que a Liwei le tomó trece años poder contar esa historia porque estaba aterrado de que lo creyeran un loco? ¿Y qué fue lo primero que hicieron los medios? ¡Desacreditar su relato! Decir que se lo había imaginado cuando el hombre, como la víctima de una violación, solo quería compartir su terrible experiencia sin que lo descreyeran. Se supone que los astronautas son testigos fiables, ¿no? Hombres preparados y racionales.

—Los astronautas siguen siendo gente. Se enferman, se equivocan y se dejan afectar por la presión como cualquier otra persona. No son ni más ni menos que quienes asumen las otras profesiones difíciles de la humanidad.

—Está bien. Entiendo que esto va a ser un poco más difícil de lo que pensé. Aquí te va otro par de historias: los tripulantes del Apolo 10, el comandante Thomas Stafford, el ingeniero John Young y el piloto Eugene Cernan, juraron haber escuchado lo que ellos describieron como “música espacial” por cerca de una hora mientras tomaban fotos de reconocimiento para el Apolo 11. Aquí estamos hablando no de uno, sino de tres hombres adultos, con varios grados educativos a cuestas, describiendo para la NASA una serie de chillidos y rechinos cadentes que ellos, en su mejor criterio, clasificaron como música...

—... rechinos que la NASA no registró y que fueron descartados como interferencia de radio. Este cuento también me lo sé. Cernan regresó varias veces a la luna. De hecho, de los doce hombres que realizaron la hazaña, fue el último en pisarla, y sabemos que nunca volvió a experimentar nada parecido a lo que describió en esa ocasión. Disculpa que sea escéptico, pero me parece más lógico buscar patrones que validen información en vez de peculiaridades aisladas.

—¿Qué tal si subo la apuesta con un avistamiento directo y me dejas completar mi par de ases? En 1994, el astronauta más educado del planeta Tierra, Story Musgrave, uno de los únicos dos hombres en haber volado seis veces al espacio exterior, declaró haber visto no una, sino dos veces un animal flotando afuera de su estación espacial, y no me refiero nada más a un punto lejano y borroso que pudiera ser confundido con basura espacial o con una estrella. No. ¡Musgrave describió haber visto una maldita serpiente de dos metros y medio de largo, con piel brillante y húmeda, flotando por varios minutos cerca de donde él se encontraba! Por supuesto que de esto tampoco hay un solo registro, a pesar de que, años después, el astronauta Leland Melvin describiera también algo traslúcido, curvo, ondeante y orgánico afuera de su ventana, pero me gustaría pensar que un solo matemático con varios doctorados basta como testigo confiable, ¡ya no digamos dos!

—A menos que...

—¿A menos que qué?

—Pues, es difícil estar solo por tanto tiempo aquí arriba y no imaginar cosas. Créeme. Eso es todo lo que puedo declarar en defensa de un hombre estudiado que vive en una tostadora flotante por varios meses...

—... o en su contra. Lo que dices indica que es más fácil para ti creer que Musgrave se estaba volviendo loco que considerar la posibilidad de que haya visto algo que te aterrera. Puedo verlo en tus ojos y sentirlo en tu voz, Mijaíl. Tiembblas de imaginar que algo así pueda pasar.

—Únicamente estoy tratando de ser empático con alguien aislado y cansado de recibir comunicaciones monótonas a través de una computadora pegada con velcro a una base de metal.

—Por eso mismo lo defiendo. Musgrave no fue el único en ver o sentir algo inexplicable. ¿Qué me dices de Kovalyonok? El pobre apenas fue capaz de describir la forma esférica de la nave que se lanzó hacia el hiperespacio, en medio de una explosión dorada, cerca de su módulo. ¿O qué hay de Leroy Chiao, quien habló de luces en forma de flecha moviéndose a gran velocidad cerca de su estación?

—¡Espera, espera! Eso último sucedió durante una caminata espacial donde había otros astronautas con él y ninguno de ellos vio lo que Chiao describe como una formación extraterrestre de luces. ¿No te parece sospechoso? Además, el mismo Chiao no cree que lo que presencié haya sido un objeto extraterrestre, sino la refracción natural de algo que no pudo explicar. ¿No te das cuenta de que todos estos relatos tienen en común las mismas características que los encuentros de criptozoología? Son cuentos de hombres solos en situaciones tensas y condiciones pobres. Relatos de personas acompañadas cuyos compañeros de viaje no experimentaron lo mismo que ellos. Es paralaje y pareidolia: simple error humano. Condiciones imperfectas y experiencia personal, pero no prueban nada.

—Entonces quizá ya no tiene caso hablar de los reportes de Maurice Chatelain sobre los primeros hombres en la luna, y sobre los dos minutos de audio perdidos en los que Armstrong dice haber visto dos naves antes de descender en su superficie, o sobre el avistamiento de John Glenn en el Friendship 7, cuando observó cientos de luces como luciérnagas afuera de su ventana. Ya sé lo que vas a decir, soldado. ¿Dónde están los registros cuando hablamos del descenso espacial más famoso del planeta Tierra? Te puedo asegurar que lo que sucedió ese día fue que Armstrong, quien

originalmente estaba transmitiendo en vivo, se cambió al canal médico de radio para hacer su declaración sin causar pánico. “Están aquí, estacionados a un lado del cráter, y nos están vigilando”. Eso fue lo que dijo. Aldrin todavía cuenta la anécdota con una sonrisa torcida en la boca, como un niño que revela algo terrible que hizo su hermano años atrás. Por supuesto, estas declaraciones también desenterraron a grupos de locos que después llegaron a todo tipo de conjeturas erradas sobre un hecho muy simple: había algo allí cuando el Apolo descendió en la luna.

—¿Y qué se supone que era?

—Vamos metiendo de lleno el pecho a la bañera, ¿te parece? En 1963 el Mercury 9 estaba dando vueltas a la Tierra en una misión de rutina cuando su único tripulante, el astronauta Gordon Cooper, vio un enorme objeto verde que lo pasó de largo a corta distancia y a gran velocidad. Convencido de alucinar, Gordon trató de calmarse y de reportar el hecho para luego averiguar que una estación de vigilancia espacial en Australia también había captado el objeto con sus instrumentos. Este relato puede no parecer tan interesante o mórbido como los otros. No implica conspiraciones sobre naves, domos o antenas en la luna, pero es el único de estos cuentos de terror que tiene un respaldo científico independiente al sujeto que hizo el avistamiento. Además, cuando Cooper bajó a la Tierra, la NASA le impidió comentar sobre el incidente, instruyendo a los reporteros de varias cadenas televisivas a no preguntarle sobre lo que había visto.

—¿Qué es eso?!

—¿La vibración? No te preocupes por ella, Mijaíl.

—Puedo sentirla incluso de lejos. ¿Qué hacemos ahora?

—Nada. Solo déjame terminar. Es importante que recuerdes algunas cosas.

—¿Qué?

—El inicio de esta conversación, por ejemplo. ¿Lo recuerdas?

—No estoy seguro.

—Desde hace más de 30 horas hemos estado conversando como si fuéramos viejos amigos. Incluso has empezado a verme como te ves a ti mismo cuando sales a las AEV, con el traje y el casco; una imagen asimilable lo hace más simple, aun si no tiene completo sentido, pero debes recordar que hace un par de rotaciones eras otro humano solitario

entrenado para pasar meses por tu cuenta en una lata de café en medio de la negrura del espacio.

—No. Hemos estado juntos aquí arriba desde el principio.

—Revisa el medidor de oxígeno en el panel y coteja las cifras. Sé que puedes hacer la matemática rápidamente. Calcula en tu pequeño cuaderno de notas cuánto tiempo les habría tomado a dos hombres adultos consumir el oxígeno de esta cabina... Puedo ver en tu mirada que diste con la respuesta correcta y algo no cuadra. Ahora dime qué es más probable, soldado, ¿que te estés volviendo loco o que yo esté aquí, platicando contigo, sin inhalar oxígeno?

—¡Esto es real!

—Claro, pero, ¿te atemoriza más la posibilidad remota de que lo sea o de que no, soldado?

—Estoy pensando.

—¿Se te agotaron las respuestas rápidas, Mijaíl?

—En este momento solo se me ocurren preguntas.

—¿Por ejemplo?

—¿Por qué yo?

—Por el tiempo, Mijaíl. Esta siempre ha sido una cuestión de tiempo. Estamos cansados de jugar a las escondidas. Su tiempo en la Tierra se agota si pretenden que quede algo más que microorganismos y plantas resistentes al calor en su superficie. Ya es demasiado tarde para que inicien un cambio por su cuenta, así que pensamos en brindarles un poco de ayuda. Ese es uno de los motivos por los cuales te escogimos a ti.

—¿Cuál es el otro?

—Que cuando tocamos en la esclusa, Mijaíl, tú sí abriste la puerta.

# MIL OJOS COMO ANTORCHAS

29 DE OCTIEMBRE DE 2079

Nieva. La resolana del mediodía me ciega al rebotar sobre el blanco insoportable. Me tranquiliza ver hacia afuera, pero me pregunto cómo sería espiar el horizonte si la nieve no estuviera mezclada con ceniza desde hace meses. De alguna manera, mis ojos prefieren el gris contaminado al blanco deprimente. Llueve ceniza todos los días y todos los días lo agradezco. Me recuerda que afuera todavía quedan cosas por quemar.

No tengo memoria del comienzo. Sé que fue veloz. Primero parecía una noticia aislada, un rumor en el cintillo de un noticiero, bajo una nota más importante. Después estaba en las primeras planas, en las calles, tocando a tu puerta y escrito sobre trozos de cartón que gente moribunda sostenía a la vista de nadie.

Había quienes describían siluetas brillantes a través de sus ventanas. Se habló de una enfermedad que primero te dejaba sin uñas, después sin dientes y que finalmente te secaba los ojos como ciruelas. Aparecieron en redes fotografías de plumas del tamaño de bueyes, adornadas con un hermoso recubrimiento dorado y bañadas, decían los testigos, en olor a azufre. Entonces comenzaron los rumores sobre los símbolos de sangre en puertas, muros y ventanas.

El día que se descubrió el uso de las marcas fue un jueves. Eso dicen mis notas. El responsable de hacerlo fue un viejo, ciego de nacimiento, que luego de un encuentro juraba poder ver los contornos quemantes de las letras. Eran 26, como un alfabeto románico o como el número de un dios desaparecido. Digo desaparecido porque, si no lo está, nos debe muchas explicaciones.

Las marcas son nuestra única defensa. Están separadas en usos según su orden, que originalmente nos había parecido arbitrario. Las primeras seis, apodadas “La carne”, sirven para despistarlos. Son el rastro falso que dejas